

Mariano Latorre

Comprensión de don Eduardo de la Barra

«**B**ILBAO ante la sacristía». «Saludables advertencias a los verdaderos católicos». «Nuevas saludables advertencias». «El embrujamiento alemán», etc.

«Revista del Progreso». «Revista de Santiago». «El Ferrocarril». «La libertad electoral». Santiago, 1873. Valparaíso, 1888.

Así rezan títulos y pies de imprenta.

He releído las viejas ediciones de las obras de don Eduardo de la Barra y he hojeado revistas limpiamente impresas y diarios, amarillentos ya como códices medievales.

Es como un renacer de la vida muerta, según la frase de Georges Moore. El Santiago colonial, sacudido por las primeras ideas modernas, va adquiriendo poco a poco carácter y forma.

Se perfila, señera, la personalidad de don Eduardo de la Barra es este período de honda renovación ideológica. Amplitud de cultura, sólidas ideas transformadoras, gracia poliforme de la expresión.

No me lo he imaginado en la apacibilidad de la sala de la clase, con ser alta su calidad de maestro, ni como filólogo, ensayando una vana reconstrucción de las hojas perdidas de *Mío Cid*, si existía, sobre todo, el texto verdadero en la «Crónica de Veinte Reyes», ni en las luchas políticas, a pesar de sus indiscutibles ideas liberales.

Para mí, con su cabeza de español de regulares contornos y la perilla del Segundo Imperio, aguzando el mentón cuadrado, es don Eduardo de la Barra un polemista, un guerrillero astuto e implacable, que lucha desinteresadamente por sus ideas o por lo que él cree la verdad en este instante de la vida chilena. Grande es su fe en el porvenir de Chile, pero supone que un tradicionalismo obscuro detiene su evolución. A este tradicionalismo, que viste sotana y que se arrincona desconfiadamente en sus pesados caserones, apuntan las flechas envenenadas de su sátira.

La inteligencia, en mi opinión, caracteriza su mentalidad. Inteligencia, en el sentido de captar la realidad inmediata y puntualizar los aspectos que obstaculizan el progreso espiritual de Chile.

Su labor de polemista está impregnada de esta comprensión de la vida chilena y hasta su obra de filólogo y de poeta, tiene el sello dignificador de la inteligencia.

Su agudeza psicológica, su calidad verbal, su hábil dominio de los resortes de la polémica, habrían convertido, en épocas menos combativas, a don Eduardo de la Barra en un ensayista original y profundo de la

vida chilena. Tal es la cantidad de observaciones psicológicas sobre la raza, las alusiones a personas de la época o a conflictos morales o políticos que pueden desglosarse de sus discusiones periodísticas.

Hay, evidentemente, un pintoresco impresionismo en esta abundante producción. Es la superficie sin honor de lo improvisado, pero el mal no es de don Eduardo de la Barra, sino de la época. El novecentismo tiene esa falla y es común a la mayoría de los intelectuales de Sud-América, a fines del siglo XIX.

La historia, la literatura, la política, las ciencias mismas tienden hacia lo enciclopédico. Vulgarizan ideas y autores, pero abarcan demasiados temas. Crean climas de cultura, de curiosidad intelectual, pero no echan raíces. La remoción del ambiente amodorrado de estos países, hay que reconocerlo, es su mérito mayor.

En el Chile de 1870 todo estaba por hacerse. La tierra ávida de semillas, y lo que es más interesante, existían sembradores y puñados de semillas en sus manos generosas. Había el afán creador, el impulso fecundo, aunque éste no fuese lo suficientemente perfecto. La intuición y la perseverancia eran los factores esenciales.

Un Manuel A. Román, sin ser un filólogo, redactó el primer ensayo serio sobre chilenismos; un Manuel Salas Errázuriz traduce las tragedias griegas en verso español, y un Eduardo de la Barra estudia científicamente la métrica castellana.

No debemos olvidar que don Andrés Bello, don

José Joaquín de Mora, don Domingo Faustino Sarmiento y especialmente don José Victorino Lastarria habían iniciado ya esta revolución espiritual que fructificó, a pesar del estrecho cerco que opuso a toda intención renovadora, la fronda aristocrática.

En la tertulia de don José V. Lastarria, en el «Alto del Puerto», se reunían todos los sábados, escritores y políticos. Se discutían allí problemas sociales, se planeaban campañas políticas o sencillamente se leían versos y ensayos literarios; sobre todo, se conversaba.

El chileno no sabe conversar, anotaba don Gabriel René Moreno, asistente a esas tertulias, pero sabe zaherir.

En las tertulias del «Alto del Puerto» se enseñaba a conversar, agrega Gabriel René Moreno, y en el ejercicio de la conversación, en el cambio constante de ideas, se señalaban males y se precisaban los posibles adversarios.

La clase media culta que rodeaba a Lastarria, en su mayoría profesores y literatos, oponía al agresivo aristocratismo de las clases altas, sobre todo en la defensa de sus privilegios heredados, un laicismo democrático, librepensador, ávido de formas nuevas. Era la aurora del radicalismo.

Don Eduardo de la Barra respira esa atmósfera, se nutre de ella. De ahí el nexo ideológico que une su doctrinarismo con el de su suegro y pariente, don José V. Lastarria.

Los puntos de contacto entre ambos son numerosos.

Desde luego, el apasionado amor a la libertad de ideas, el odio combativo a los partidos tradicionales, dueños de Chile y casi dueños de su porvenir en esos tiempos.

Actúa el uno en la cátedra, en el Parlamento; el otro, en el periodismo. No varía la línea ideológica. Sólo que el uno combate en los tiempos de don Manuel Montt y el otro bajo la presidencia de don Federico Errázuriz Zañartu. Los prejuicios de raza son los mismos, los mismos los enemigos; pero han pasado cuarenta años. Empiezan a trizarse las tejas del caserón colonial y por las ventanas enrejadas entra ya la luz del día. Y hasta una sutil consanguinidad literaria hermana los estilos, de clara sintaxis, de recios vocablos emanados de una fuente común: el siglo XVIII español. Criticismo ceñido, citas de autores clásicos, afirmaciones concretas, argucias ingeniosas, un siglo especulativo y mordaz que dió a España un Forner y formó más adelante la sátira demoledora de un Larra. En sus cinco folletos de controversia, titulados «Bilbao ante la sacristía», se precisa la posición doctrinaria de don Eduardo de la Barra en esa época de su vida.

El contendor es don Zorobabel Rodríguez, abogado conservador, hombre culto, pero de un cerrado partidismo.

Un libro, explica don Eduardo, un pequeño libro acaba de ser arrojado por la prensa ultramontana de Santiago a la ardiente arena de las discusiones.

Empieza la defensa de Bilbao con una arremetida enérgica.

Negaba don Zorobabel Rodríguez a Bilbao, no sólo su cultura sino su talento. El éxito oratorio de Bilbao y la popularidad de que gozaba en Santiago, la atribuía a la prestancia de su figura, a su melena rubia y al timbre de su voz, no a su sinceridad política, a su místico amor al pueblo oprimido en campos y ciudades.

Don Eduardo de la Barra reconstruye sintéticamente la vida de Bilbao. Forma el estudio el primero de los folletos. Es un acierto la breve biografía del caudillo. Tiene la prosa, evocadora, rápida, no sé qué agradable encanto de memoria y a veces de conversación familiar. Las alusiones a su contrario, que interrumpen a menudo el texto, acentúan aún más la espontánea frescura del estilo.

En el pacato recogimiento del Santiago de 1850, se recorta la romántica figura de Bilbao con ademanes proféticos, con amenazantes gestos de redentor. Por primera vez en la historia social de Chile, un hombre de la calidad de Bilbao se acercó al pueblo. Le hizo comprender la esclavitud en que vegetaba y le señaló sus derechos. Fué, en realidad, su primer caudillo. Su popularidad cundió con rapidez en Santiago. Las viejas casonas de voladizo balcón y tejado goteante, se estremecieron con los gritos roncros de los rotos de ojota y de los huasos de bonete maulino que vitoreaban a Bilbao por las calles polvorientas de Santiago.

Por esto mismo, su artículo «Sociabilidad chilena» provocó su condena, ante un jurado, por blasfemo, inmoral y sedicioso.

Bilbao se defendió elocuentemente, diciendo a los jurados: «No soy blasfemo, porque amo a Dios; no soy criminal, porque amo y busco el deber que se perfecciona; no soy sedicioso, porque quiero evitar la exasperación de mis semejantes oprimidos.

El daba la voz de alarma. Gritaba al pueblo la verdad. Su amigo Santiago Arcos fijaba en claros conceptos la condición del inquilino en nuestros campos.

«Mientras dure el inquilinaje en las haciendas, mientras el peón sea esclavo en Chile como lo era el siervo en la Edad Media; mientras subsista esa influencia omnímoda del patrón sobre las autoridades subalternas, influencia que castiga al pobre con la esclavitud, no habrá reforma posible, ni habrá gobierno sólidamente establecido.

En esta controversia, don Eduardo de la Barra, por cariño al héroe, es más un panegirista que un guerrillero. Olímpicamente deshace los cargos de don Zorobabel Rodríguez y exalta, con ferviente admiración, la figura casi santa de Bilbao.

Es en su polémica contra los jesuitas, donde entran en acción todas sus fuerzas combativas.

Estas «Saludables advertencias a los verdaderos católicos» son eruditas, risueñas, procaces. Penetra la

intención del Arzobispo Valdivieso y más adelante del Obispo Salas, leales defensores de la Iglesia, pero cegados por un rancio criterio teológico. Su intransigencia, más propia del siglo XVI que de los tiempos modernos, provoca las controversias religiosas que enconaron la vida chilena y que, más bien, fueron desfavorables al prestigio de la Iglesia.

Las extraordinarias dotes asimilativas de don Eduardo de la Barra se manifiestan en el transcurso de la polémica. Es claro que hace resaltar el aspecto negativo de la Compañía de Jesús en la historia del mundo y especialmente de América. El sarcasmo, la burla sangrienta son los ingredientes del ataque. El estilo posee una soltura y una transparencia excepcionales. Es la estilística del siglo XVIII, como hemos observado, más especulativa que sensorial. Prosa limpia, llana, admirablemente adaptada al asunto.

En mi opinión, donde más alto llegó don Eduardo de la Barra como polemista, es en las «Nuevas saludables advertencias».

El motivo es ahora más cercano, más típicamente nacional. Los cementerios pertenecían a las parroquias y ellas podían impedir la sepultura a los que no eran católicos o habían caído en desgracia de la Iglesia.

Se dirigen las cartas al Reverendísimo José Hipólito, Obispo de Concepción, que provocó la controversia. El hecho mismo se prestaba al ridículo y don Eduardo lo aprovechó astutamente.

A fines de 1871 murió en Concepción, y en casa.

de su querida, el coronel de la Independencia don Manuel Zañartu. Se le rindieron los honores correspondientes, pero el Obispo se opuso a que fuera sepultado en el cementerio, alegando la inmoralidad de la vida del coronel y a haber muerto en casa de su concubina.

El Intendente, a pesar de la protesta del Obispo, dió sepultura al cadáver. El conflicto tomó vuelo y llegó hasta la Cámara. Don Domingo Santa María interpeló al Gobierno, protestando de este sumario póstumo en que se trataba de imponer castigos a un cadáver.

La solución fué asegurar un rincón en el cementerio, separado por una hilera de árboles, a los cadáveres a quienes la Iglesia les negase sepultura eclesiástica; pero don Eduardo de la Barra rebatió enérgicamente la tesis del Gobierno y del Obispo. Y en sus amenas cartas, verdaderos modelos de sátira periodística, se manejan leyes y decretos, ya olvidados, citas de los santos padres y de padres no tan santos, como Voltaire, irónicas observaciones, argumentos jurídicos. ingeniosos juegos de palabras y anécdotas chispeantes.

El Arzobispo Valdivieso, ingenuamente, supone que esa erudición canónica no puede ser la de un profano, ni menos la de un joven radical, armado de una retórica vacía y fulgurante. Bajo ese anagrama del axioma latino *Ego sum veritas* (V. Erasmo Gesuit) se debe ocultar la calva de un teólogo y su exégesis puntillosa. El Arzobispo, lleno de alarma, con-

voca a Mons. Eyzaguirre, al canónigo Taforó y a otros sacerdotes y los interroga, suponiéndolos informantes del incógnito impugnador.

Era ingénito en don Eduardo de la Barra este don de adaptarse, función esencialmente inteligente, que lo hizo comprender el momento y unimismarse con él.

Así se explica la multiformidad de su actuación polemística y literaria. El poeta estaba doblado de un filólogo, el profesor de un polemista, el admirable traductor de Sully Prudhomme de un vulgarizador científico. Y aun en las materias mismas de sus controversias es variado y antitético.

No parece el mismo el autor de los mordaces ataques doctrinarios, firmados con el seudónimo de Argos que el socarrón Pedro Zorzal o el sesudo esteta Juan Bachiller o aquel festivo José López Villaseñor, que recuerda al padre López, uno de sus antecesores.

No cabe en esta breve síntesis de su labor literaria, una enumeración minuciosa de su obra de prosista que incluye, además de sus polémicas conocidas, artículos de vulgarización científica y hasta ensayos novelescos de índole filosófica, como «El fakir y el inglés».

No podemos olvidar, sí, su postrera batalla periodística, el ataque a los profesores alemanes contratados durante el gobierno de don J. M. Balmaceda. Más tarde se publicaron esos artículos con el título general de «El embrujamiento alemán».

Nuestra enseñanza debe mucho más a los profesos-

res alemanes que fundaron el Instituto Pedagógico, a un Hansen, a un Lenz, a un Schneider, y el mismo don Eduardo, justo a pesar de su apasionamiento, reconoce el aporte de esos maestros al desarrollo de la filología castellana, pero, en el fondo de eso que él denomina embrujamiento, hay una dosis considerable de buen sentido criollo.

Don Eduardo creía que la aplicación de los métodos alemanes, minuciosos, cansados, no convenía a descendientes latinos de viva comprensión y rápidas cualidades asimilativas. Don Eduardo deseaba una metodología más ágil y más pintoresca que la alemana para esos niños de mirada viva y de gesto nervioso.

Pero no son las cómicas incidencias de este profesor Weidmann, electricista que hace clases de química en el Liceo de Valparaíso, lo que interesa en las últimas páginas del viejo luchador. Es el artículo titulado «Después del combate», viril confesión de su actitud de chileno frente a la política de su época. Era don Eduardo un hombre en el más alto sentido de esta palabra. Franco y valiente, pero encastillado en un orgulloso desprecio de los honores y aun de la popularidad. Está seguro de la honradez de sus acciones y no se preocupa de explicarlas. He aquí la importancia de estas palabras simples y sinceras:

«Desde muy joven fui radical, en aquellos buenos tiempos de «La Voz de Chile», en que se necesitaba coraje para arrostrar el anatema social que pesaba sobre nosotros, mirados como turbulentos trastornadores

del orden público, como locos peligrosos, como incendiarios y dinamiteros, enemigos de la propiedad y de la religión y atrevidos enarboladores del trapo rojo sangriento.

«Sirviendo siempre, desafiando los odios sociales y sin la menor compensación, llegamos al momento en que el radicalismo, cambiando bruscamente de rumbo, dejó de ser escuela sembradora de ideales y se encaramó a las alturas del poder, a donde se fué a cosechar.

«No todos comprendimos así las cosas y algunos nos separamos del grupo domesticado por el Gran Exonerador. Fué en esos momentos cuando me separé, como lo hicieron los Gallos y otros patriotas a quienes no mareaba la visión en las alturas».

La reacción de don Eduardo de la Barra es, en realidad, reacción del intelectual frente al fenómeno político de su época. A una sensibilidad generosa y veraz como la de don Eduardo debió chocarle el sinuoso escabullirse de los políticos en la consecución del éxito electoral o en el escalamiento de los puestos públicos como pago de servicios al partido.

El intelectual concibe siempre un tipo humano más puro y un ideal más elevado y altruísta. Su sensibilidad lo hace adelantarse al porvenir y por eso, en la mayoría de los casos, es un crítico de su época, de los rojos y de los blancos. Así explicaba Ibsen, desterrado en Italia, su desengaño en las luchas políticas de Noruega.

Y el escritor alemán Herman Hesse, en su libro bello y profundo «El lobo estepario», analiza la tragedia del intelectual en los azares y conflictos de las luchas sociales de los tiempos presentes.

Enzarzado entre dos épocas, dice en el prólogo, descontento de la elementalidad de las masas y de la ceguera de las clases capitalistas, se aparta de la multitud vociferante e inepta y es sospechoso por esto a unos y a otros.

El lobo estepario, extraño ejemplar de la especie, no se une a la manada y la manada lo ataca y lo persigue por esto mismo. Ibsen, lobo estepario como la mayoría de los verdaderos intelectuales, por boca de Juan Gabriel Borgman, escribe su frase famosa: El hombre fuerte es el que está solo.

Sin caer don Eduardo de la Barra en este nihilismo brumoso (no hay que olvidar que fué un luchador) las palabras anteriormente citadas denotan un visible desaliento, el cansancio de la lucha que tuvo su desahogo sentimental en el flúido correr de sus versos armoniosos y suaves.

De ahí la antítesis entre el ideólogo y el poeta.

Virulencia, sarcasmo en el polemista; ligereza, intrascendencia en el poeta.

Salvo algunas composiciones de tipo patriótico: «A Cuba», «A Polonia», es el madrigal, el matiz galante, el nervio de los miles de versos, publicados en revistas de la época y coleccionados más tarde en varios volúmenes.

Nada más dispar que el agrio controversista y el desconsolado imitador de Bécquer.

En el «Certamen Varela» obtuvo don Eduardo sus mayores éxitos poéticos. Se me aparece este vasto arsenal literario, con las características de los viejos cancioneros del siglo XV o de las lujosas colecciones de poetas y prosistas de los juegos florales catalanes. El floralismo, la equidistancia académica, tienen en esas satinadas páginas su terreno, su atmósfera adecuada.

Don José Victorino Lastarria, su animador, clasifica los temas que van a estimular la poesía chilena. Figuran en los volúmenes cantos épicos, imitaciones de Bécquer, las denominan del género *insinuante*, cuadros de costumbres, estudios métricos, político-sociales, etc.

Las rimas de Rubén Darío, para mí las de un Bécquer evolucionado, tienen en el certamen un lugar secundario.

Pero si su poesía, la de don Eduardo de la Barra, es una prolongación americana de la española: la *inteligencia*, una vez más, se pone al servicio de la justicia y prologa el «Azul» de Darío, a quien venció en el Certamen.

El Azul aparece en Chile en 1887. Es interesante releer el prólogo de don Eduardo de la Barra. En frases desenfadadas, muy modernas, consagra el genio de Darío un año antes que la famosa carta de don Juan Valera, publicada en «La Nación» de Buenos Aires.

«Poeta que aduna el vigor con la gracia, de gusto aristocrático, neurótico y por lo mismo original, lleno de fosforescencias súbitas, de novedades y sorpresas, con la cabeza poblada de aladas fantasías, quimeras y ensueños; y el corazón ávido de amor, siempre abierto a la esperanza».

Están aquí, en síntesis, las cualidades intrínsecas de la poesía de Darío que la experiencia afinará en el futuro, iniciando una etapa nueva en la poesía de habla castellana.

Señala, además, en una carta que se conserva de don Eduardo de la Barra al político radical don Carlos T. Robinet, hasta la influencia que Darío va a tener en la poesía española de fines del siglo XIX y a principios del XX.

La carta es una petición de ayuda para el poeta en desgracia. Darío vive miserablemente en Chile. Hay frecuentes alusiones a su pobreza en los «Abrojos», anotaciones líricas de la vida diaria de Darío en Santiago. No puede trasladarse a Centro América o como quiere don Eduardo, a Buenos Aires y que de allí salte a España. Son sus palabras.

Adivina que la América no es el medio cultural para que germine el genio de este poeta que trae al verbo castellano un acento nuevo, a su espíritu un matiz original y refinado. El escenario es España. Esta emoción quintaesenciada que tiene, al mismo tiempo, el cultivo fetichista de la forma, consigue en la Península, con semillas simbolistas y parnasianas, la caste-

llanización de la moderna poesía francesa. Y por primera vez, una voz de América va a resonar en el quieto y académico ambiente de la España de fines del siglo XIX.

Pero no son, precisamente, los poetas de Castilla los que entienden el nuevo idioma y se dan cuenta de lo que Darío significa para la evolución del castellano. Es un mallorquín, Juan Alcover el que recibe a Darío en Palma como al heraldo del modernismo.

Los versos de Alcover interpretan poéticamente las características de Darío:

Ha llegado un hombre, vivamente pálido,
que la dulce lira puntea por juego.
Trae a nuestro invierno un aliento cálido,
un aliento joven del país del fuego.

Son nom ens desperta amb la resonança
d'un eco de cimbal o gall matiner,
o la punta fina d'un ferro de llança
que toca un broquer.

(Su nombre nos despierta con la resonancia de un eco de címbalo o de gallo matinal o la fina punta de un hierro de lanza que toca un broquel).

Don Eduardo recomienda a su protegido ante el correligionario:

«Se trata, no de un cualquiera, sino de un joven escritor abandonado en nuestra tierra, expuesto a mo-

rirse de hambre, y en tal caso, ¿por qué un gobierno ilustrado no tendrá un rasgo de generosidad que nadie podrá vituperarle?

No llegó Darío a Nicaragua con la ayuda del Gobierno de Chile. Es un particular, el Gerente de la Compañía Sud-Americana de Vapores don Enrique Fischer, el que nombra a Darío sobrecargo de uno de los vapores. Darío se embarca en Valparaíso, a mediados de 1888.

No aceptó don Eduardo ampliamente las singularidades del *deca dentismo*, como se llamó entonces al grupo poético que siguió los nuevos derroteros, pero excluye de él a Darío, a quien considera, acertadamente, como un clásico que ha roto sus disciplinas tradicionales.

Se subleva toda su educación clásica, su sanidad física y moral, ante estos bohemios que acuden a buscar sensaciones en la morfina y en el ajeno.

«El deseo de singularizarse es su motor, dice: la neurosis su medio».

Y descepcionado, el triunfo de la nueva escuela era arrollador, se refugia en Horacio, cuyas odas traduce en 1889.

Su posición estética se precisa concretamente en el prólogo de las odas.

«En estos días propicios al *deca dentismo*, en que no hay audacia nerviosa contra la lengua, el ritmo y el sentido común que no encuentre aplaudidores, parecerá temeridad y anacronismo a muchos incomprensible,

intentar una traducción del clásico Horacio en versos serenos, libres de agitaciones epilépticas y exentos de modernísimos espejos».

El exceso en la acción invita a la saludable reacción y cuando la Musa joven y desenfrenada, se lanza sin brújula a lo desconocido, no hay mal en presentar a su contemplación, los claros modelos que nos legó la antigüedad, ya sea en las odas de Horacio, ya en las estatuas inmortales del arte helénico o bajo cualquiera de las formas clásicas, divinizadas en las musas».